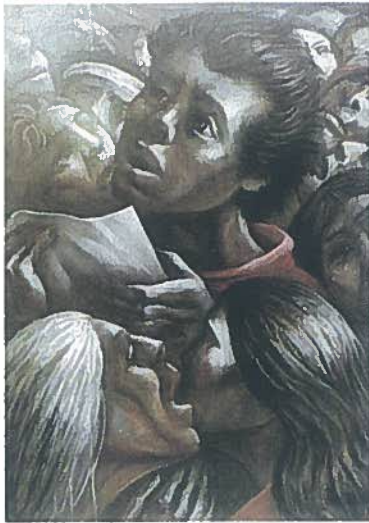


A close-up portrait of an elderly man with thinning hair, wearing a checkered shirt. The background is a blurred interior space with shelves and objects.

Luis Dottori

Un pintor de la vida

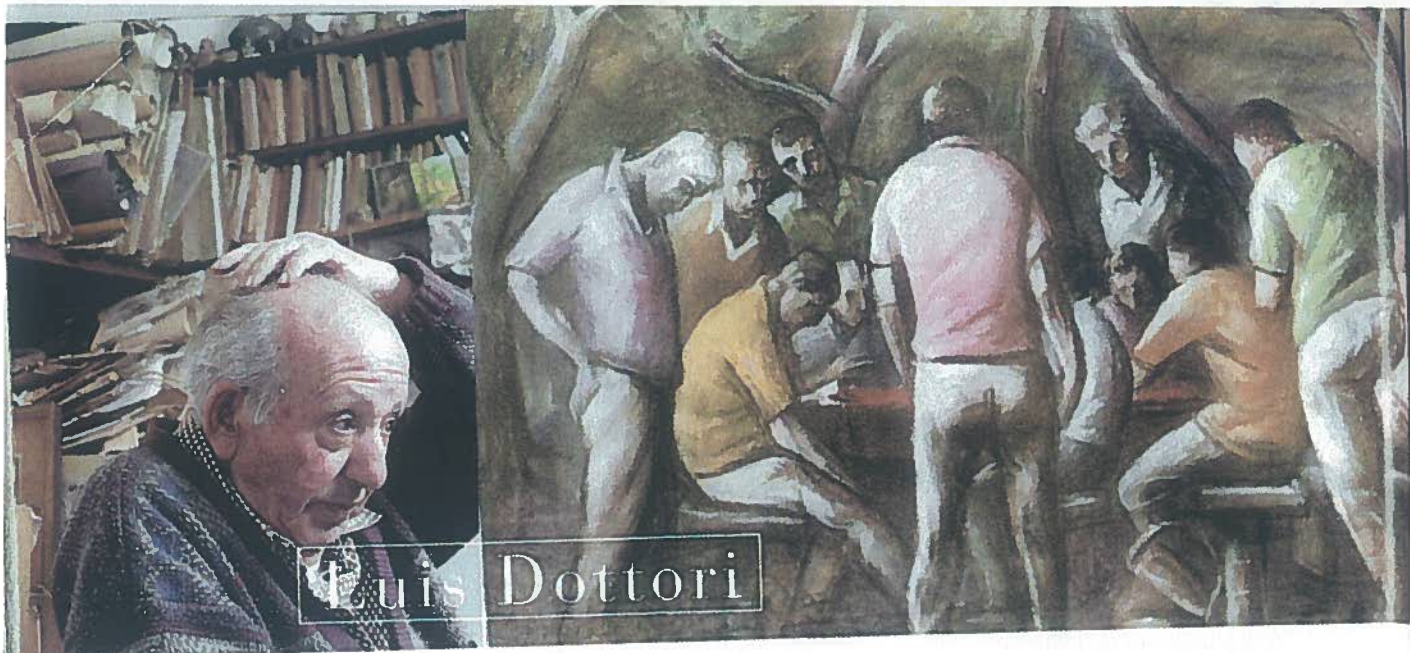


Pintor de intensa dramaticidad, Luis Dottori pertenece a una generación de artistas para los que la creación debía vincularse necesariamente a lo social. Sus paisajes y niños del Bajo Flores son un aporte insoslayable a nuestra plástica. En este diálogo recuerda secuencias de su vida y su carrera, que a pesar de los años, se mantienen en plena lozanía.

Amamos los ojos de los niños por todo lo que nos revelan. Allí el mundo aparece en su verdad más despojada, bella o dolorosa. Algunos grandes plásticos argentinos, como Spilimbergo, Berni, Bruzzone o Luis Dottori, se especializaron en pintar rostros de niños en cuyos ojos y rasgos se podían ver penumbras o brillos de una realidad, iluminaciones o abismos, que solo la penetración de un artista es capaz de descubrir. De esos cuatro creadores mencionados, el único superviviente es Luis Dottori, un pintor que vivió la mayor parte de sus largos 86 años en el Bajo Flores y cuya obra refleja como tema central los cambiantes paisajes y acontecimientos de ese barrio ubicado a escasas cuadras del Parque Chacabuco. Dottori es un hombre lúcido, que razona y recuerda con mucha claridad los asuntos relacionados con su carrera, que comenzó siendo muy joven y no ha cesado aún, como lo prueba una muestra de trabajos al pastel sobre motivos de jubilados que realizó en los primeros meses del año en los salones de *Estímulo*. "Don Luis", como se lo conocía entre los vecinos de su barrio, fue antes que pintor, peluquero, y gracias a ese oficio pudo solventar los gastos que le insunrió primero estudiar y luego dedicarse profesionalmente al arte. Hijo de dos inmigrantes italianos, que se conocieron y casaron en Brasil antes de trasladarse a la Argentina, Dottori nació en 1915 en Avelino Díaz y Emilio Mitre y creció junto a ocho hermanos más en una familia humilde, acostumbrada al sacrificio y trabajo duro. Al cumplir 6 años, el futuro pintor se trasladó con su familia a Puán 1752, la casa de sus padres que aún conserva y en la que vive una sobrina. En ese tiempo, por 1920, no existía aún la avenida

Castañares, y gran parte de los terrenos eran baldíos, bañados o basurales. El artista, que jugaba allí de niño, recibió en aquella etapa impresiones que nunca se le borrarían de la mente y se volcarían luego en distintos cuadros. En esas pinturas, muchos de aquellos paisajes hoy desaparecidos o modificados por el tiempo perduran gracias al pincel vigoroso, de empaste intenso de este artista. Entre las fuertes imágenes que él recuerda de su infancia, una adelanza un rango muy especial: es aquella que evoca a un pintor, cuyo nombre nunca supo, que reproducía sobre una tela colocada en un caballete un paisaje de la zona. Tendría unos diez años por entonces e iba hacia la escuela, pero la presencia del sujeto lo detuvo. Y estuvo allí, como hipnotizado, mirándolo durante varias horas. "Ese día falté a la escuela y se decidió mi vocación", comenta. Por el año 1939, Dottori ya participaba con otros amigos en exposiciones colectivas. En 1941 envió al *Salón Nacional* y le fue aceptado un retrato de mujer con el título de "Figura". Intervino después en otras muestras conjuntas en la *Galería Icháquez* (Salón de Otoño), el *Club San Lorenzo*, en la peña *La Bohemia*, en la *Sociedad de Artistas Plásticos*, en la galería *Rubinstein* de Mar del Plata y otras casas. La primera exposición individual la realizó en mayo de 1957 en la *Agrupación Impulso de La Boca*, un reducto que frecuentaban grandes pintores (Fortunato Lacámara, José Luis Menghi, Quinquela Martín) que fueron amigos suyos. De ahí en adelante no pasó año en que no participara de alguna exhibición pictórica.

Dos de las últimas tuvieron lugar en 1993, en el salón de exposiciones del

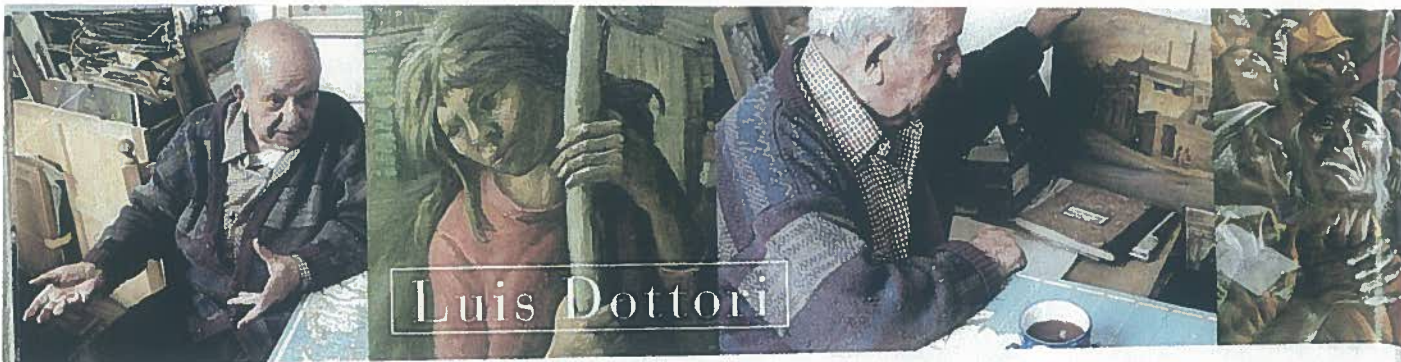


Concejo Deliberante, donde expuso unos 40 cuadros, y en 1995 en el *Museo del Banco Provincia*, donde mostró 25 trabajos. Durante estas dos recientes décadas, muchas de sus exposiciones fueron realizadas junto a su mujer, Griselda Miranda Armas, quien falleció hace unos meses y de la que guarda un devoto recuerdo y una gran admiración como artista plástica. Pero, además de su labor pictórica, Dottori tiene otro mérito que por sí solo le aseguraría una eterna gratitud ciudadana: haber sido un hombre solidario, que enseñó durante años a miles de niños sin cobrarles un solo peso. Varias generaciones de estos chicos se empaparon de su sabiduría y bondad en el último medio siglo en el *Club Peñarol* de la calle Zañartú, entre Hortiguera y Víctor Martínez. Por eso fue en esa entidad donde cientos de personas festejaron sus 80 años. Un gesto similar de generosidad lo tuvo con los niños de una villa de emergencia del Bajo Flores, cerca de la Perito Moreno, donde también enseñó gratis varios años hasta que las topadoras de la dictadura arrasaron con todo. "Siempre pensé que mi misión como artista no tenía por

qué terminar en mi trabajo frente a una tela. Había un plus con el que yo podía ayudar a la gente. Y eso fue la enseñanza. Así como me había pasado a mí, se me ocurrió que también otros niños imposibilitados de pagarse una carrera podían encontrar en la pintura la apertura a un mundo distinto, a una sensibilidad que les permitiera no sólo descubrir los estigmas de la realidad sino soñar además con cambiarlos", dice ahora.

Dottori tuvo un gran maestro, el destacado escultor argentino *Antonio Sassone*, quien vivía en su barrio y al descubrir las condiciones del joven lo invitó a trabajar en su estudio. Sobre este aprendizaje dice: "Sassone me enseñó lo básico en su taller, que me fue muy útil. Además fue gravitante lo que absorbí en la peña *Pacha Camac*, del barrio de Boedo, también fundada por Antonio. El resto fueron las investigaciones que realicé con mi propio trabajo. Estudiar tiene una gran importancia para el artista. Yo con mis 80 años sigo leyendo por lo menos dos horas por día sobre cuestiones pictóricas. La ignorancia no sirve para nada".

El pintor dice haber mantenido sus dos oficios, el de peluquero y pintor, hasta la década del 60. "En ese momento comencé a vender bastante. Se había formado como una corriente de compradores que creía que adquirir cuadros era una buena inversión. Eso favoreció durante un tiempo la venta, así que me dediqué casi exclusivamente a la pintura. La racha se cortó al tiempo, pero a mí me había llegado ya la época de jubilarme, así que no volví a la peluquería. Y aún vendiendo poco, seguí dedicado sólo a mi labor artística", cuenta. Además de su amistad con Sassone y varios de sus discípulos, Don Luis mantuvo una buena relación con varios importantes pintores argentinos, entre otros *Enrique Policastro*, a quien además cortaba el pelo, y *Juan Carlos Castagnino*. Respecto al artista que considera más relevante de toda esa constelación de pintores de su tiempo, no duda en señalar a *Spilimbergo*. "El originó todo un movimiento y le dio una orientación. Todos, *Castagnino*, *Berni* y otros tuvieron influencia de él y de los principios que trajo de Europa y que cada uno desarrolló a



Luis Dottori

su modo. Pero, todos se beneficiaron de su enseñanza.

Fue mi verdadero puntal, un centro de irradiación. Y un símbolo de lo que puede significar la pintura. Porque, ¿para qué se pinta? ¿Para adornar paredes, para entretener, para decir algo?

Spilimbergo era un pintor que tenía que decir algo y lo decía además con una belleza muy especial.

Hoy, en cambio, veo que se hace una pintura más superficial. El grupo del que yo formaba parte tenía un concepto muy elevado del arte. Creía que el arte debía contribuir a forjar al pueblo. Los mexicanos aprendieron una parte importante de su historia viendo los murales de Rivera o Siqueiros. Ahora se toma el arte como un pasatiempo, como algo secundario."

Respecto a los grandes pintores de La Boca que frecuentó opina: "No hay dudas que Quinquela fue el más notorio. Era un gran artista sin duda, uno de los mayores de nuestra pintura. Lo que ocurre es que, en un tiempo donde muchos de nuestros creadores estaban muy preocupados por lo que pasaba en Europa, él se había desentendido de los debates académicos. Estaba más metido en su realidad. Y lo que hacía tenía mucha fuerza, mucha polenta. A veces era muy atrevido, muy audaz, pero el conjunto siempre resultaba bueno. El gran problema de Quinquela fue luego que se repitió. Comenzó a ser una copia de sí mismo, pero sus obras principales son estupendas. La Boca tuvo como característica haber albergado artistas sumamente humanos. Me acuerdo de *Lacámara*,

por ejemplo, que era pintor de brocha gorda. Un hombre sencillísimo, que al tratarlo uno se podía confundir y no darse cuenta de toda su sabiduría. En su taller, silenciosamente, construyó una obra trascendente y de sello muy personal. Hoy sus naturalezas muertas son famosas y se venden muy bien. Otro gran pintor de ese barrio fue *José Luis Menghi*. Era herrero de caballos. Un gigantón de aspecto bonachón y manos enormes, que era difícil imaginar tan hábiles. Pintaba flores con un gran sentido poético y ya en vida su obra se valorizó enormemente. ¿Pasé como 20 años sin vender un cuadro y ahora vienen algunos a pedirme una rebaja?", me decía. Fueron amigos y creadores de los que no me olvidaré jamás."

Dottori reconoce que de sus trabajos los que más se vendieron fueron las cabezas de chicos y los paisajes. Los niños, fuente permanente de su inspiración, vuelven regularmente a su memoria. Y no sólo a la memoria, a veces a su vida, pero crecidos. El día en que lo entrevistamos en su departamento de la calle Güemes, uno de aquellos niños, ahora un cuarentón de ojos negros y bigote espeso también llamado Luis, lo había ido a visitar y le mostraba fotos de su pasado en el barrio que el pintor miraba como fragmentos de una película que no recordaba del todo.

"¿Se acuerda don Luis, yo vivía cerca de la carnicería de Benjamín? Mi papá me llevaba a la peluquería y le pedía que me cortara con la doble cero, porque le gustaba que tuviera el pelo bien cortito. Mi mamá vive y le manda saludos", le

comentaba el hombre visiblemente emocionado de ver al artista de sus años de infancia. Mientras intentaba conjugar el rostro actual con alguno de las fotos que el visitante ponía a su disposición, Dottori preguntó:

-¿Y yo te pinté algún retrato?

-Sí, una tarde me acuerdo que posé para usted, pero nunca llegué a ver el cuadro.

-Tal vez fue apenas un boceto que terminó en un retrato distinto del original.

-Lo que más se me ha quedado grabado de sus retratos de niños es la tristeza de algunas miradas. Y la melancolía de ciertos paisajes.

-Una vez, un hombre que iba en carro me preguntó por qué pintaba cosas tan tristes. Y le dije que esa realidad me dolía y que quería reflejarla tal como era, porque deseaba que en mis cuadros entrara la vida. El me dijo entonces que estaba bien, pero que pronto esa vida mísera que yo reflejaba iba a desaparecer por completo y que los terrenos baldíos se iban llenar de viviendas dignas. Yo entonces le contesté que si eso ocurría me iba a poner más contento que él. Eso fue por los años 30 o 40. En aquel lugar se construyeron algunos edificios, algunas cosas cambiaron, pero el resto es desde hace muchos años una enorme villa de emergencia. La miseria sigue igual o peor. Y su permanencia nos sigue convocando como antes al desafío de modificar esa realidad. ¿Vos que sos del barrio debes recordar cómo eran las cosas, no?

-Sí, Don Luis. Cómo no me voy a acordar. Si todo eso está en sus cuadros.

A.C.

fotos: Eduardo Molina